

El Simbolismo del Caballo

Antonio Medrano

[Continuación del Capítulo 9 del libro *La lucha con el Dragón*: punto 2) el **simbolismo del caballo** o la cabalgadura del Héroe]

5. El simbolismo del caballo

Otra figura de enorme importancia simbólica en la imagen de la lucha con el dragón es el caballo o el animal que sirve de cabalgadura al héroe solar en su combate contra el monstruo abisal. En esta figura del caballo --cuyo simbolismo solar no puede desconocerse, sobre todo cuando es de color blanco, como es el caso del corcel de San Jorge-- entra en juego toda la rica simbología de la relación entre cabalgadura y jinete, entre caballo y caballero, que tanta importancia adquiere en el mundo espiritual de los pueblos nómadas y guerreros en general, y en el mundo de la Caballería medieval en particular.

Son múltiples los significados que encierra este brioso animal que colabora al triunfo del bien y el orden. En primer lugar, simboliza la fuerza, la tenacidad y el coraje con que hay que acometer la empresa del combate contra el dragón. Este es uno de los significados que de manera más inmediata vio el hombre antiguo en el caballo. “En el arte cristiano --escribe M. Oldfield Howey-- el caballo es el emblema tanto de la valentía como de la generosidad, y cuando el artista deseaba indicar que los santos que retrataba poseían tales virtudes, los representaba montados a caballo”. Así por ejemplo, son dibujados o esculpidos como jinetes San Martín, Santiago, San Jorge, San Víctor o San Mauricio. En hebreo, la palabra que designa al caballo, *abbir*, significa “fuerte, valiente y esforzado”.

Desde un punto de vista más profundo y abarcador, el caballo encarna todos aquellos elementos de la propia individualidad o del propio complejo psico-físico (inteligencia, imaginación, voluntad, sentimientos, sentidos, fuerza física, postura corporal, respiración, energía vital, etcétera) que, sometándose a la orientación superior del jinete, del Intelecto o la Personalidad metafísica, y siguiendo disciplinada y dócilmente sus directrices, actúan como sus aliados en el combate y colaboran a su victoria, del mismo modo que el caballo obedece sumiso la voz de mando del jinete, del caballero o paladín que porta sobre su lomo, permitiéndole así salir airoso de la prueba. Son, por ejemplo, la imaginación iluminada por la inteligencia, el sentimiento ennoblecido y la voluntad rectamente formada, que quiere el bien.

El caballo viene a ser la representación simbólica de lo que, usando la terminología orteguiana, puedo llamar “mi circunstancia vital”: “yo soy yo y mi circunstancia, y no me salvo yo si no la salvo a ella”. En él se compendia todo lo que forma esa circunstancia: mis propiedades (materiales o inmateriales), conocimientos, amistades, capacidades y cualidades personales, dotes y aptitudes (innatas o adquiridas).

En una perspectiva más amplia, cabría decir que en el noble cuadrúpedo que monta el héroe se halla representada aquella parte de la realidad cósmica, sensible o fenoménica --ya sea visible, audible o palpable-- que nos ayuda a seguir por "el Camino recto" que conduce a nuestro destino último. Es todo aquello que, tanto en nosotros como en nuestro entorno, nos sirve como punto de apoyo en la peregrinación y el combate terrenos; todo cuanto en esta vida se nos ofrece como soporte para lanzarnos hacia el más allá y escapar así de la garra del triste, pobre, angosto y oprimente "más acá" en que pretende encerrarnos el ego. Aunque hay que decir que esto se halla también representado, en parte, como veremos en su momento, por la Mujer que el Héroe tiene en su punto de mira al lanzarse al combate con el dragón: la mujer como encarnación simbólica de la Naturaleza, de la Belleza, del orden y armonía de la Creación.

La blanca montura del héroe solar viene a encarnar todas aquellas cosas o realidades nobles, bellas y dignas que nos acompañan como compañeros en el viaje de la vida y como enviados de Dios

para hacernos más llevadero el camino, más factible la tarea y más asequible la meta: desde la mujer y la familia a los instrumentos que utilizamos y nos sirven tan eficazmente en nuestro trabajo; desde los maestros y amigos a las personas que nos rodean y nos brindan infinidad de posibilidades para hacer el bien; desde los alimentos que nos sostienen y renuevan nuestras fuerzas a las plantas y los animales que nos hacen la vida más grata y nos dan múltiples lecciones de nobleza, fidelidad y entrega; desde las obras de arte y de pensamiento que nos ayudan a forjar el ánimo a las riquezas del entorno natural en el que vivimos o la historia, la lengua y la cultura de la comunidad en que hemos nacido.

Pero quizá lo que más directamente simbolice el caballo del héroe matador del dragón sea el cuerpo: el cuerpo en su función de colaborador y auxiliar del Espíritu. La realidad corpórea en cuanto que es el instrumento para la realización del rito y, por lo tanto, medio indispensable para la actualización de las fuerzas e influencias espirituales que han de permitir al hombre realizarse integralmente y vencer de manera definitiva a su enemigo interior. La cabalgadura a lomos de la cual el héroe alancea o asaetea al dragón viene a ser la representación de esa unidad orgánica que es el cuerpo en su totalidad y que se ofrece como soporte a la inteligencia en su combate contra las fuerzas del caos y la oscuridad. El cuerpo sacralizado, transformado y purificado por un contorno ritual y sacramental.

Es esa comunidad física, corporal --formada por manos, pies, pecho, espalda, brazos, piernas, ojos, boca, etcétera, y también por los órganos, conductos y fluidos internos (cerebro, pulmones, corazón, vísceras, sangre, nervios, venas y arterias)--, gracias a la cual el individuo puede lanzarse al combate espiritual. Son los ojos que le permiten mirar las imágenes, letras, signos y símbolos sagrados; los oídos que permiten escuchar la Palabra revelada, la enseñanza vehiculadora de la Sabiduría o los ritmos de la música sacra; la lengua que permite pronunciar el Nombre divino, realizar las oraciones, repetir los mantras y cantar los himnos sagrados; las manos que permiten hacer los gestos de la plegaria y el saludo a la Divinidad; la respiración que permite absorber el *prana*, ayudando a la concentración, la meditación y la purificación de la mente.

Se ha dicho muchas veces que el hombre es un centauro con una parte inferior animal y con una parte superior propiamente humana: racional, espiritual, intelectual. Este centauro es lo que simboliza la estrecha unión entre el jinete y su caballo. Unión entre caballo y jinete que es vivida con especial intensidad, como antes decíamos, en los pueblos de cultura guerrera --piénsese, por ejemplo, en el guerrero piel roja, en el noble samurái o el jinete mongol--, en los que el hombre vive y lucha a lomos de su caballo, contemplando el mundo desde la altura que le proporciona su inseparable y fiel corcel. Así vivía también la relación con su montura el caballero cristiano en la Edad Media, el cual tenía precisamente como patrón y arquetipo ideal al San Jorge montado sobre el caballo blanco. El jinete tradicional ve en el caballo, con el que se halla fundido por completo, no sólo un leal compañero leal, al que le unen lazos de afecto y múltiples experiencias vividas juntos (sobre todo, la vivencia de numerosas batallas, viajes y aventuras), sino una proyección de su mismo ser, casi un "otro yo", con el que incluso se dialoga amistosamente. Se establece una continuidad entre hombre y animal; entre la animalidad de la cabalgadura que sirve de soporte o vehículo y la humanidad del guerrero que lleva las riendas, que dirige al noble bruto y se vale de él para conseguir su objetivo.

Como ejemplo de lo dicho se podría recordar los casos de Alejandro Magno y Bucéfalo, de Rolando y Vigilante, de Don Quijote y Rocinante, de Sigfrido y Grane (no debiendo olvidarse que Sigfrido es el héroe germánico, mítico vencedor del dragón Fafner) o también el del Cid y su fiel caballo Babieca (sobre el que ganara batallas incluso muerto, cuyos restos reposan cerca de la primitiva tumba de su amo, jefe y compañero, ante las puertas del monasterio de San Pedro de Cardeña, en Burgos). Y no podría dejar de mencionarse al Príncipe Siddharta, que posteriormente sería el Buddha, y su caballo Kanthaka, del cual cuenta la leyenda cómo relinchó de alegría al comprobar que era ensillado para que su amo pudiera emprender a lomos suyos el gran viaje hacia la Iluminación, tras haber decidido Siddharta abandonar el palacio en el que hasta entonces había vivido rodeado de boato, lujos y placeres. La leyenda de Buddha refiere también cómo éste se despidió de su caballo antes de retirarse al bosque a meditar, hablándole como se habla a un buen amigo y dirigiéndole palabras de consuelo y cariño. Kanthaka murió de pena pensando que no vería más a su amo, pero en premio a sus fieles servicios renació en el Cielo, tal y como le había prometido Siddharta.

El cuerpo --y con él, en general, la realidad material o corpórea-- puede actuar como un aliado del Espíritu o como su enemigo. Puede moverse al servicio del Yo auténtico, del Hombre real,

actuando como un elemento de liberación, como un valioso colaborador en el sojuzgamiento del ego rebelde, satánico y antidivino. Pero puede moverse también al servicio del ego, del yo falso e ilusorio, del hombre exterior y superficial, asumiendo entonces una función envilecedora, degradante. Lo primero ocurre cuando el cuerpo es sometido a una disciplina sagrada integral, siendo forjado en el ambiente virtuoso de "la gimnasia" y "la música", como pedía Platón. Lo segundo ocurre cuando queda abandonado, sin cultivo ni cuidado especial, entregado a los caprichos y tendencias viciosas de un ego desenfrenado.

Bien utilizado, el cuerpo es el mejor aliado en la lucha contra el dragón del ego. Baste recordar el ejemplo del Yoga, donde los miembros del cuerpo desempeñan una función capital en la realización de los *asanas* y donde la respiración juega un papel de primer orden en el apaciguamiento de la mente. "El cuerpo es un poderoso instrumento de salvación", dice con acierto Simone Weil. Es gracias a esa su unidad o comunidad corpórea, en la que intervienen desde el tronco a las posaderas, desde la columna vertebral a las piernas y los brazos, desde el vientre a la cabeza, como la persona puede sentarse en meditación (en *Padmasana* o "postura del loto", en posición *Za-Zen*) para emprender la gran aventura de conocerse y conquistarse a sí mismo; pues es la quietud de esa postura física la que le facilita el concentrar su mirada interior hasta llegar al núcleo de su ser, adentrarse en lo más hondo de su intimidad y descubrir el misterio de su propia naturaleza, para después renovar y transformar su vida por entero.

Bien se puede concluir, por tanto, que el caballo que monta el héroe es la carne o realidad corporal en cuanto "encarnadura" o "cabalgadura" del Espíritu. La palabra "carne" cobra aquí una significación muy diversa a la que adquiere en el concepto cristiano de "la carne" como expresión del ego o del yo caído, al que ya hemos hecho referencia. Hay aquí una valoración positiva del cuerpo; todo lo contrario de la actitud despreciativa o denigratoria hacia el mismo en que tantas veces ha incurrido el ascetismo.

El Padre Victor Poucel ha sabido desarrollar de modo magistral estas ideas en su obra *Plaidoyer pour le corps* ("Alegato a favor del cuerpo"). Hay que rehabilitar y recuperar, enfatiza Poucel, "la eminente dignidad de la carne, compañera inseparable del espíritu". Aunque "degradada de su realeza primera", la carne porta en el fondo un gozo de tender hacia la unidad perdida: "se presta todavía a fuerzas de ascenso que no proceden de ella, pero que ella no cesa de desear y que reconducen hacia el trono". Quien observe con rigor la realidad, termina diciendo el citado autor católico, descubrirá que "el cuerpo revela a Dios y lo desea".

El cuerpo es nuestra cabalgadura que nos acompaña y nos porta a lo largo de la vida. Montura vital, sumiso compañero animal, fiel camarada de fatigas que hemos de tratar con cariño y cuidar con esmero. Es nuestro Babioca, nuestro Rocinante, nuestro Grane, nuestro Bucéfalo o nuestro Kanthaka, al que debemos estar agradecidos por la noble ayuda que nos aporta, a pesar de lo mucho que le maltrata el ego.

Al igual que el Príncipe Siddharta, también nosotros tendremos que separarnos un día de nuestro leal Kanthaka, al llegar a la orilla del más allá... A la espera de que resucite, cuando suene la trompeta, para, resurgido en su más noble y radiante posibilidad, como idea en la Mente divina, volver a unirse de nuevo a nuestro Espíritu. Volveremos a cabalgar sobre él de nuevo por las grandes praderas de la Eternidad, junto a tantos buenos camaradas que tan fielmente nos acompañaron, bajo la amorosa y cálida mirada del Sol supremo, el Rey de los Cielos bajo cuyas banderas combatió aquí en la tierra.

6. La cabalgadura del héroe solar como "ego maduro"

Desde otra perspectiva, se puede ver en el caballo del guerrero divino una elocuente y viva representación del "ego maduro" de que habla Ramakrishna; es decir, el ego sumiso, servicial, dócil a la Verdad y a la Norma trascendente, disciplinado seguidor del Dharma. El ego que quiere someterse, que está dispuesto a inmolarsse y a recorrer la vía que conduce a la liberación de sí mismo, aunque todavía existe como tal ego y no posee la fuerza necesaria para llevar a cabo el gesto liberador definitivo.

Si bien no está plenamente depurado y conserva mucho de su naturaleza bestial, horizontal o negativa, el ego en cuestión se muestra obediente a la Luz, y sabe ponerse al servicio de la Divinidad,

con todo su equipamiento, para lanzarse al combate de la vida guiado por la Voz del Espíritu. Se trata, en otras palabras, de un ego que busca su propia aniquilación y que, por eso mismo, está ya en camino se superarse y trascenderse.

Esta es, precisamente, la situación normal de la mayoría de los seres humanos que deciden encauzar su vida por un sendero espiritual. Y así es siempre, forzosamente, la situación que sirve de punto de partida. El ego está todavía vivo, es fuerte y vigoroso, plantea sus exigencias con mayor o menor energía; no ha conseguido negarse, anularse o borrarse por completo. Pero, a diferencia de lo que ocurre con el ego rebelde y obstinado, que sólo busca afirmarse a cualquier precio y que quiere poner todo a su servicio, en este caso ese ego que aún alza la cabeza, en vez de acentuar su contumacia, decide ponerse al servicio de aquello que lo niega, que lo anula y disuelve; es decir, se entrega a algo que va en contra de su propia lógica egótica, con lo que inicia ya un saludable proceso de autosuperación. En lugar de encerrarse en el círculo vicioso de su propia inanidad, de su negatividad destructora, nuestro ego se abre a horizontes más nobles: se lanza por el camino de la Rectitud y de la Virtud; se quema sirviendo a la Verdad, el Bien, la Belleza y la Justicia. Y a través de esa inmolación servicial, irá creando las condiciones para una nueva situación en la que el ego ya no cuenta para nada y acabe desapareciendo de manera definitiva.

"Si no es posible deshacerse de este ego, entonces que el muy canalla quede como el servidor de Dios", decía Ramakrishna en un tono no exento de ese fino humor tan característico de los grandes maestros espirituales. Subrayando lo difícil que resulta anular por completo el yo, Ramakrishna enseña que el mejor método para conseguirlo es usar el atajo, más fácil y accesible para cualquiera, del sendero de la devoción, en el cual el ego es ofrecido a Dios y puesto a su entera disposición como su siervo, su amante, su soldado o su fiel seguidor. El maestro de Dakshineswar llama a este ego sometido a la Voluntad divina "ego maduro", "ego servidor", "ego devoto", "ego niño", "ego filial" o "ego del Conocimiento". Y marcando las diferencias entre este "ego maduro" y el "ego inmaduro", egocéntrico y poseído de sí --al que también llama "ego ignorante" o "ego perverso"--, que es el que normalmente gobierna a los seres humanos, señala que este último nos lleva a decir cosas como estas: "Yo soy el hacedor. Yo soy el autor de mis actos y obras. Soy hijo de una buena familia, Soy guapo, rico, inteligente, poderoso. ¿Cómo pueden atreverse a desairarme o llevarme la contraria?" Por el contrario, el hombre que conserva su ego, pero que lo ha ofrecido a Dios y tiene su mente puesta en Él, dice: "¡No yo, no yo! Yo no soy nadie; oh Señor, Tú eres el Hacedor y yo soy Tu servidor; Tú eres el amo". Sabe que todo cuanto él personalmente es, cuanto tiene y cuanto hace pertenece a Dios. Abundando en esta misma idea, Ramakrishna aclara en otra ocasión que cuando el ego asume esta función de servicio divino, pierde su connotación dañina, pues deja de ser un ego propiamente dicho, y ya "no crea apego alguno". "No hay daño en la conciencia del yo que nos hace sentir que somos hijos de Dios o Sus servidores. Este ego no es en realidad un verdadero ego". Y compara a dicho ego servicial, distinto de los egos que atormentan y pierden a los seres humanos, con la sílaba sagrada *Om*, que es distinta del resto de los sonidos.

Siguiendo la terminología de Ramakrishna, cabría decir, por consiguiente, que el dragón simboliza el "yo inmaduro", el ego perverso, insubordinado y caprichoso, rebelde al orden cósmico y a la Voluntad divina, dominado por un impulso separatista, por la tendencia contraria al amor y a la unidad, mientras que el caballo encarna al "yo maduro", que, si bien sigue viviendo en la ilusión de la separatividad, busca la unidad y, movido por el amor, se pone al servicio de Dios, del Uno supremo, del espíritu y de la Verdad absoluta, con lo que se irá aproximando a la meta de la aniquilación del ego.

El caballo blanco del héroe es el ego blanqueado por la decisión de autoanularse, depurado e iluminado por la luz de la Verdad bajo cuya bandera combate. El ego que acepta ser siervo y montura del Espíritu en su acción anti-ego. Y no sólo eso, sino que además se une entusiastamente a la lucha sagrada. Hace suya la guerra contra el ego, o sea, la guerra contra sí mismo. Con todo el ímpetu de que es capaz se lanza, cual brioso corcel guerrero, contra el dragón que tiene ante sí, obedeciendo siempre con docilidad y lealtad a la voz del Espíritu que es quien tiene las riendas. En lugar de tratar de desmontar al jinete divino que tiene sobre sí, procura identificarse con él, seguir sus órdenes sin la menor vacilación, unirse a su empeño combativo y hacer todo lo que esté de su parte porque el caballero que lleva a sus espaldas alcance la victoria.

Quien se sitúa en esta postura puede repetir y hacer suya la jaculatoria que Ramakrishna dirigía incesantemente a Dios, y en la cual se describía a sí mismo como el vehículo, instrumento, soporte o cabalgadura de la Divinidad. Ramakrishna solía exclamar: "yo soy el elefante, Tú eres el Kornak" (recordemos que el *kornak* es la persona que monta y dirige al elefante) o "yo soy el carro, Tú eres el Auriga", frases con las que expresaba su aceptación de la Voluntad divina y el reconocimiento de que Dios es la Fuerza que lo mueve, el verdadero Autor de todas sus acciones. Parafraseando esta oración del místico hindú y evocando los ya aludidos ingredientes simbólicos que intervienen en la escena de San Jorge luchando con el dragón, quien asume con plena convicción la actitud del "yo maduro" o "ego devoto" puede decir: "yo soy tu montura, Tú eres el Caballero", o bien "yo soy el caballo, Tú eres el Jinete; dirígeme como quieras".

El caballo es la buena voluntad, aquella que aporta la paz y el orden. La que ensalzan los ángeles en el anuncio de la Navidad: "paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". La voluntad sana, no egoísta, abierta a la Verdad, dispuesta al sacrificio, movida por el amor y la sabiduría; la voluntad animada de buena intención y con una orientación sapiencial que hace que esa buena intención sea realmente buena, realizadora del bien y no se pierda en vaguedades ni acabe haciendo estúpidamente el mal o promoviendo el error (corroborando así el dicho popular "el infierno está lleno de buenas intenciones"). El dragón, en cambio, es la mala voluntad: la voluntad enferma, pervertida, puesta al servicio de intereses egoístas, inspirada por el desamor, cuando no por el odio. El subjetivismo que todo lo distorsiona, deforma y manipula para interpretarlo o encauzarlo en función del ego, para ponerlo al servicio del propio egocentrismo. La actitud arbitraria que se escuda en la demagogia, que se vale de subterfugios y malas artes mentales para salirse con la suya, aunque a veces se disface de una apariencia de buena intención, siendo en realidad mala intención, intención errónea y equivocada, por la falta de luz que la ilumine y oriente, así como por el exceso de "amor propio", "propio juicio" o "propia voluntad".

Dos bestias de significado bien distinto se hallan, pues, frente a frente en el cuadro de la lucha con el dragón. De un lado, una bestia clara, bella, mansa, amistosa, sumisa y bien domada, atenta a la voz del jinete, servidora de lo humano; es el cuerpo que se subordina al Espíritu o el ego maduro que acepta su posición subalterna y se ofrece como montura para la guerra santa. De otro lado, frente a ella, tenemos una bestia oscura, fea, horripilante, iracunda, furiosa, rebelde, monstruosa, hostil a lo humano; es el ego-dragón que se opone con furia a todo lo que intente derribar su poder o someterle; el yo que va a su aire, que hace y deshace a su antojo, que no está dispuesto a someterse a nada ni a nadie, que no se atiene a norma alguna de carácter objetivo ni obedece a ningún criterio superior, trascendente. Dos bestias que se hallan presentes dentro de cada uno de nosotros. De hecho, el ego sumiso, aun cuando se haya decidido resueltamente por la causa del Bien y de la Verdad, tiene que hacer frente continuamente al ego rebelde que sigue oculto, siempre al acecho, emboscado en el subsuelo del alma, esperando cualquier ocasión para aniquilarle y devorarlo.

Todos estos significados simbólicos del caballo se ven acentuados en aquellos casos en que este último aparece dotado de alas, como ocurre por ejemplo con Pegaso, el célebre caballo volador montado por Belorofonte, el vencedor de la quimera (no puede dejar de mencionarse el detalle altamente significativo de que Pegaso es también el portador del rayo de Zeus y que es Atenea quien enseña a encontrarlo y domarlo). Esas alas ponen de relieve la función elevadora y enaltecedora que desempeña la realidad corpórea, racional y sentimental que el héroe toma como apoyo para llevar a cabo su gesta interior. La docilidad a la voz del Espíritu que muestra ese soporte vivo sobre el cual el héroe cabalga, lo purifica, lo ennoblece y lo eleva; le da alas para ascender hacia niveles superiores desde los que es más fácil divisar y observar al enemigo, planear el combate contra el monstruo abisal y asestarle el golpe mortal. Gracias a esas alas, símbolo del vuelo espiritual, puede el héroe elevarse encima de lo vulgar, de lo horizontal y de lo rastreramente material, escapando así a las garras del dragón que ruge amenazador allá abajo.

* * *

[NOTA: Seguirán los apartados 7 a 10 dedicados al significado simbólico de las armas con las cuales el Héroe mítico vence al dragón.]

